

Homilía de III Domingo de Cuaresma

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

“No convertáis en un mercado la casa de mi Padre”

Introducción

La Palabra de hoy nos presenta a Jesús decidido a ir hasta las últimas consecuencias en la implantación del Reino de Dios, aunque ello pueda costarle la vida. Jesús realiza en el Templo un símbolo de gran fuerza expresiva, escandaloso para las autoridades religiosas judías, que no nace de la ira sino de la profunda vivencia de un Dios Padre que quiere habitar en el corazón de todo ser humano sin distinción, sin discriminación. Un Dios que muchas veces expulsamos del templo de nuestro corazón con la hipocresía, el egoísmo y el rechazo al otro.

Jesús hace frente a la gran tentación de tratar de salvarse a sí mismo y se entrega confiado a la misión que el Padre le ha encomendado asumiendo el dolor el amor puede conllevar.



D. Ignacio Antón O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de Atocha (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 20, 1-17

En aquellos días, el Señor pronunció estas palabras: «Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud. No tendrás otros dioses frente a mí. No te fabricarás ídolos, ni figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra, o en el agua debajo de la tierra. No te postrarás ante ellos, ni les darás culto; porque yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo el pecado de los padres en los hijos, hasta la tercera y la cuarta generación de los que me odian. Pero tengo misericordia por mil generaciones de los que me aman y guardan mis preceptos. No pronunciarás el nombre del Señor, tu Dios, en falso. Porque no dejará el Señor impune a quien pronuncie su nombre en falso. Recuerda el día del sábado para santificarlo. Durante seis días trabajarás y harás todas tus tareas, pero el día séptimo es día de descanso, consagrado al Señor, tu Dios. No harás trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tu ganado, ni el emigrante que reside en tus ciudades. Porque en seis días hizo el Señor el cielo, la tierra, el mar y lo que hay en ellos; y el séptimo día descansó. Por eso bendijo el Señor el sábado y lo santificó. Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días en la tierra, que el Señor, tu Dios, te va a dar. No matarás. No cometerás adulterio. No robarás. No darás falso testimonio contra tu prójimo. No codiciarás los bienes de tu prójimo. No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo».

Salmo

Salmo 18, 8. 9. 10. 11 R. Señor, tú tienes palabras de vida eterna.

La ley del Señor es perfecta y es descanso del alma; el precepto del Señor es fiel e instruye al ignorante. R/. Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón; la norma del Señor es limpia y da luz a los ojos. R/. El temor del Señor es puro y eternamente estable; los mandamientos del Señor son verdaderos y enteramente justos. R/. Más preciosos que el oro, más que el oro fino; más dulces que la miel de un panal que destila. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 1, 22-25

Los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados —judíos o griegos—, un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 2, 13-25

Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: «Quitad esto de aquí: no convertáis en un mercado la casa de mi Padre». Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: «El cielo de tu casa me devora». Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: «Qué signos nos muestras para obrar así?». Jesús contestó: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré». Los judíos replicaron: «Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?». Pero él

hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y creyeron a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús. Mientras estaba en Jerusalén por las fiestas de Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía; pero Jesús no se confiaba a ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.

Pautas para la homilía

El Templo de Jerusalén en tiempos de Jesús

Llegamos en nuestro camino cuaresmal hacia la Pascua a un momento que supone un punto de inflexión en la vida de Jesús, un momento que precipitó los acontecimientos. Este episodio que hoy contemplamos -comúnmente llamado "la expulsión de los mercaderes del Templo"- es, según señalan los historiadores, el principal desencadenante de su apresamiento y condena a muerte.

Los cuatro evangelios nos narran este hecho y para los cuatro supone un momento crucial en el que Jesús manifiesta fehaciente la oposición de su mensaje con el de las autoridades religiosas del Templo, los saduceos. Los sinópticos colocan el acontecimiento cronológicamente, al final del relato, antes del inicio de la Pasión. Juan, en cambio, lo sitúa al principio con una clara intención teológica: todo su evangelio queda de este modo enmarcado en la confrontación entre "los judíos" (como grupo diferenciado de los discípulos) y Jesús.

Para entender lo que se nos narra debemos tener en cuenta cómo funcionaba el Templo de Jerusalén en tiempos de Jesús. El Templo estaba gestionado por la poderosa minoría saducea: conservadora en lo religioso (sólo admite como Escrituras la Torá o el Pentateuco y no cree en la resurrección de los muertos), tenía mayoría en el Sanedrín y colaboraba con el poder imperial romano, lo que le reportaba notables privilegios. El funcionamiento del Templo giraba en torno al culto dado a Dios, especialmente a través de los sacrificios de animales que tenían lugar en su interior. La ley judía prescribía con detalle la realización de estos sacrificios como acción de gracias, expiación, petición o adoración a Dios. Los animales sacrificados debían ser los determinados por la ley y cumplir una serie de requisitos, como por ejemplo no tener defecto físico. También se requería entrar con dinero en el Templo para hacer las limosnas correspondientes, y no podía hacerse con moneda pagana, considerada impura, sino con la moneda acuñada por las autoridades del Templo. Esta es la razón por la cual existían puestos de venta de palomas para el sacrificio ritual y cambistas de moneda, no dentro del Templo, sino en la gran explanada donde se encontraba el Templo, el patio o Atrio de los Gentiles.

Por otra parte, la estructura del Templo estaba perfectamente jerarquizada conforme a unos pretendidos rangos de pureza: de menos puro en lo exterior a más puro en lo interior. Así, a la explanada exterior, el Atrio de los Gentiles, estaba permitida la entrada a cualquiera. En la primera estancia del Templo, el Atrio de las Mujeres, podía entrar cualquier israelita, varón o mujer. A la siguiente estancia, el Atrio de los Israelitas, sólo podían acceder los judíos varones mayores de edad sin enfermedad o defecto físico. En la siguiente estancia, el Atrio de los Sacerdotes, sólo podían estar los sacerdotes encargados de realizar los sacrificios. Y en el núcleo más interior del Templo se encontraba el Sancta Sanctorum, el lugar más sagrado, delimitado por un velo, en el que sólo podía entrar el Sumo Sacerdote una vez al año para pedir perdón por los pecados del pueblo.

No es un arrebato de ira, es un "gesto profético"

Es evidente que Jesús conocía el funcionamiento del Templo. Había estado allí muchas veces, no sólo en su vida pública, como señalan los propios evangelios, sino también, como es lógico suponer, desde niño para acudir a celebraciones importantes como la Pascua. La acción de Jesús no es, por tanto, fruto de un arrebato de indignación fortuita. Se trata de un gesto bien pensado y calculado que se enmarca dentro de la -bien conocida por los judíos- tradición profética. Como los grandes profetas, Jesús lleva su mensaje al corazón de Israel: Jerusalén. Y como ellos, acompaña sus palabras con gestos que otorgan mayor fuerza expresiva a las mismas y que, incluso, escandalizan a sus oyentes. La expulsión de los mercaderes del Templo, lejos de ser una manifestación de "ira santa" o un pasaje con el que justificar la violencia contra la impiedad (como en algunos momentos de la historia del cristianismo se ha pretendido) es la expresión más contundente de la predicación de Jesús contra la hipocresía religiosa, la cosificación de Dios en nuestro propio beneficio (idolatría, al fin y al cabo) y la discriminación de las personas basada en las normas de pureza.

No es casualidad que los evangelios nos resuman el mensaje de Jesús en el Templo con citas de los profetas Isaías y Jeremías. En ellos ya se encontraba hacia siglos una dura crítica a la hipocresía de aquellos que iban al Templo a cumplir con las normas religiosas y al salir de él seguían manchándose las manos de sangre, robos, adulterio y despreciando y oprimiendo a los pobres convirtiendo la casa de Dios en una cueva de bandidos (Is 56, 1-7, Jr 7, 1-11). Quien mercadea no son tanto los vendedores de palomas y los cambistas cuanto las autoridades religiosas, que se enriquecen con los sacrificios, y los que creen que pueden comprar a Dios con sus ofrendas.

El evangelio de Juan, además, vincula claramente la acción de Jesús con su condena a muerte al poner en su boca las palabras del Salmo 69, 10: "el celo por tu casa me cuesta la vida" y es el que más claro deja que con Jesús se ha cumplido lo anunciado por los profetas: con la llegada del Mesías el verdadero culto a Dios -es decir, la verdadera amistad con él- ya no está reservado a unos pocos y encerrado dentro de un templo construido por hombres (Zac 14, 21: "no habrá ya mercader alguno en el Templo del Señor de los ejércitos cuando llegue aquel día").

El tiempo anunciado por los profetas ya ha llegado

¿Cuál es el verdadero culto a Dios? Un culto basado en la ley del amor que Cristo vivió e hizo posible y que no discrimina a nadie en razón de su procedencia, sexo, edad, salud o cargo religioso.

La primera lectura del libro del Éxodo aún nos habla de un Dios que castiga al pecador, pero en este conocimiento imperfecto que aún se tiene de Dios en el Antiguo Testamento ya está apuntado que Dios es más misericordioso que justiciero: "castigo el pecado de los padres en los hijos, nietos y bisnietos, cuando me aborrecen. Pero actúo con piedad por mil generaciones cuando me aman y guardan mis preceptos". En Jesucristo se refleja el mismo rostro de Dios y en él no hay sombra alguna de venganza o de castigo. Es el ser humano el que da la espalda a Dios, Dios nunca le da la espalda al ser humano. La cruz, que después de lo vivido por Jesús hoy en el Templo está ahora más cerca, da prueba de ello. Jesucristo no busca la cruz, sino el bien del ser humano por encima de todo, aunque ello pueda conllevar la cruz.

El decálogo revelado a Moisés, es el anticipo a la ley del amor, que ha de llevarnos más allá: a la entrega por el otro. Amarnos como Dios nos ama, como Jesús nos amó, es la ley preciosa como el oro y dulce como la miel de la que habla el Salmo. No hay que seguir buscando signos ni profundas sabidurías.



D. Ignacio Antón O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de Atocha (Madrid)

Evangelio para niños

III Domingo de Cuaresma - 4 de marzo de 2018



La purificación del Templo

Juan 2, 13-25

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se acercaba la Pascua de los Judíos y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote con cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: - Quitaré esto de aquí: no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre. Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: "El cielo de tu casa me devora" Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: - ¿Qué signos nos muestras para obrar así? Jesús contestó: - Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Los judíos replicaron: - Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días? Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús. Mientras estaba en Jerusalén por la fiestas de la Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía; pero Jesús no se confiaba con ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.

Explicación

Jesús se enfadó mucho con los que habían convertido el Templo de Jerusalén en una gran superficie de comerciantes, cambistas de monedas y aprovechados, y les dijo, arrojando por los suelos sus mostradores: Quitaré todo esto de aquí, porque este es un lugar es de oración sencilla y confiada con Dios.